



Capítulo 144 - Luz y oscuridad

Esa misma noche, ya tarde, Lucinda, tras un largo intento por razonar de nuevo con el Héroe, llegó cansada a su habitación.

En la primera Ciudad del Limbo, entre los forasteros, Lucinda era el único ser al que el Héroe temía y obedecía. Por eso, vivía con él en el mismo gran edificio del centro de la ciudad. Una pequeña parte del edificio le pertenecía a ella y a sus sirvientes, y nadie, ni siquiera el héroe, se atrevía a levantarles la mano, para no provocar su ira.

Lucinda eligió vivir con el héroe precisamente por él, para controlar sus acciones y comportamientos. De hecho, era ella quien se ocupaba de las consecuencias de sus travesuras.



Habría renunciado hacía mucho tiempo y estrangulado al héroe con sus propias manos si no lo hubiera conocido personalmente antes de que se convirtiera en lo que es ahora. Su deseo de abandonar Limbo también estaba retenido por cadenas invisibles.

Cuanto más tiempo permanecía en ese lugar, más débiles se volvían las cadenas, y se dio cuenta de que tal vez algún día se romperían y estrangularía al héroe con sus propias manos.

Al entrar en la habitación, Lucinda, cansada, estiró los brazos y, utilizando un hechizo de luz básico, creó varias bolas de luz para iluminar la habitación.

Cansada, se sentó en la cama y pensó en lo que había sucedido ese día.

Después de un rato, frunció el ceño y finalmente notó algo inusual y miró a su alrededor.



No había nadie allí. Todo estaba completamente en silencio.

Era ese silencio lo que le parecía extraño. Al fin y al cabo, aunque vivía sola, los sirvientes vivían con ella, realizaban sus tareas en la casa e, incluso en ese momento, alguno de ellos tenía que estar trabajando.

Además, había pasado bastante tiempo desde que Lucinda entró en su habitación y su doncella personal ya debería haber acudido a ella.

«¿Quién está ahí?», preguntó Lucinda, invadida por una inexplicable sensación de que había alguien más en la habitación.

Tan pronto como pronunció estas palabras, la parte de la habitación iluminada por una pequeña bola de luz se apagó y la oscuridad la envolvió.

Lucinda reconoció inmediatamente quién era y sus ojos temblaron ligeramente por el miedo, pero rápidamente recuperó la compostura.

«¿Por qué has venido? ¿Y dónde está mi doncella?», preguntó con firmeza en su voz.

«Están bien...», llegó la respuesta juguetona.

La oscuridad se hacía más densa, ocupando cada vez más espacio en la habitación. En respuesta, las bolas de luz restantes se hicieron más brillantes y detuvieron el avance de la oscuridad.

En la espaciosa habitación de Lucinda, dos poderosas fuerzas chocaron: la luz y la oscuridad.



La Luz siguió luchando durante un tiempo, pero poco a poco empezó a perder terreno.

Antes de que la oscuridad pudiera envolver completamente la habitación, y en el momento en que parte de la ropa de Lucinda comenzó a transformarse, la oscuridad retrocedió de repente. Al darse cuenta de ello, Lucinda detuvo su transformación y su ropa volvió a estar intacta.

«Esta vez has aguantado más que la última», dijo Sierra, saliendo de un rincón de la habitación y mirando fijamente a Lucinda. Ya no había el mismo miedo en sus ojos, pero Sierra aún notaba una pizca de preocupación en ellos.

Sin esperar la respuesta de Lucinda, Sierra utilizó magia oscura para crear una pequeña mesa redonda y una silla en el centro de la habitación.

Sierra se sentó sin ceremonias a la mesa.

—Siéntate, hablemos —sugirió Sierra, sacando su bebida favorita de su alacena.

Lucinda, observando a Sierra, no pudo contener su ansiedad. En contraste con la silla oscura, Lucinda creó una clara y se sentó frente a Sierra.

—¿Quieres probarla? —repitió Sierra, ofreciéndole su bebida.

A pesar de que la luz y la oscuridad eran elementos opuestos, y de que Lucinda no tenía una relación cálida con Sierra, no temía que Sierra le hiciera daño. Por lo tanto, aceptó la oferta sin dudarlo, sacó uno de los vasos de su colección del almacén y se lo entregó a Sierra. Le sirvió una bebida sin dudarlo.



Después de dar un sorbo y disfrutar del exquisito sabor de la bebida, Lucinda, aún con el vaso en la mano, dirigió su mirada a Sierra y repitió su pregunta:

«¿Qué te trae por aquí?».

«El deseo de hablar... y, por supuesto, de conseguir algo de ti», con estas palabras, Sierra sacó dos pequeños frascos vacíos y los puso sobre la mesa, tras lo cual los empujó suavemente hacia Lucinda.

—¿Qué es eso? —preguntó Lucinda incrédula, mirando los dos frascos vacíos.

—Mi hermana pequeña me ha pedido que te saque unas esencias de sangre, si es posible —dijo Sierra, dando otro sorbo. Lucinda, al oír esto, se sobresaltó y miró a Sierra con curiosidad, tratando de averiguar si hablaba en serio o si solo era una broma.

Sin embargo, al ver la expresión tranquila y seria de Sierra, Lucinda tragó saliva y volvió a fijar la mirada en los frascos.

—En todo caso, mi hermana pequeña me pidió que no te presionara, y si no quieres, puedes negarte —añadió Sierra.

No había ninguna amenaza evidente en las palabras de Sierra, pero Lucinda seguía sin poder quitarse de la cabeza la inquietante sensación de que, si se negaba, Sierra podría extraerle la esencia de la sangre por la fuerza.

Cogió dos frascos vacíos y, con expresión pensativa, preguntó:

—¿Para qué los necesitaría?



—¿Quién sabe? —Sierra se encogió de hombros.

—¿Por qué la estás ayudando?

Lucinda estaba desconcertada: no podía entender por qué una persona tan fuerte e impredecible como Sierra estaba ayudando a alienígenas de otro mundo.

«Ella me ayudó y le debo...», respondió Sierra.

No lo reveló todo. Además de darle las gracias, Sierra hizo otro trato con Arabel, cuyos detalles no quiso revelar.

«Por cierto, ¿es cierto que tu doncella personal es la única de todos los sirvientes, contando los sirvientes del propio héroe, que puede visitar al héroe sin miedo ni aprensión?».

Esta pregunta de Sierra preocupó un poco a Lucinda, que comenzó a preocuparse por su doncella personal.

«Está bien, está durmiendo en su habitación», notando la preocupación de Lucinda, Sierra se apresuró a tranquilizarla. «Ahora dime, ¿es cierto?».

«Sí, Krista es la única que no le tiene miedo al héroe y a la que el héroe no se atreve a tocar», confirmó Lucinda, confirmado los rumores.

De repente, Lucinda sintió que Sierra estaba usando su Fuerza del Alma para enviar un mensaje a alguien, cuyo contenido no podía comprender.



«Bueno, disfrutemos de la bebida. Vamos a tener una larga noche para hablar de muchas cosas y tendrás tiempo para llenar los frascos. A menos, claro está, que no te importe compartir tu esencia sanguínea», dijo Sierra, sorbiendo su bebida.

Solo entonces Lucinda comenzó a sospechar que Sierra podría haber acudido a ella con el fin de detenerla y distraerla.

